

Melibea ha muerto

ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN



COMO PUDO DECIR EL padre Jerónimo Gracian de la Madre de Dios que oías tan bien al morir. Teresa santa y que tus pechos eran hermosos y turgentes?)

Si tardaste tanto en morir, querida madre mía. Si el cáncer te había invadido y ni un milímetro de tu piel se salvaba.

¿Tuviste razón en no decirle nada a tus hijos, a tus nietos? ¿En no querer alargar tu vida? ¿Estirar tu cuerpo elástico? ¿Tu alma que no habló?

Te dejaste morir por propia voluntad. Como Teresa santa. Y como Teresa te llamabas. Sufriendo hasta el último momento. Tal vez gritando. Sí. Gritando. Grito de dolor en la noche que no quería alterar su silencio.

Gritabas.

Prolongado sonido gutural.

Que rompía el alma de quien te oía.

Desahuciada. Ni siquiera la morfina calmaba tu dolor.

Después de tu muerte. Poco después. Unos días. Murió Melibea, tu perra. Sola. En el último piso de tu casa abandonada. Encerrada en la azotea. Sin que nadie se acordara de ella. Sin comida. Sin agua, sin ya poder ladrar. Enferma también, como tú, de quien sabe qué enfermedad.

Fuí yo quien lo descubrió el día que vine a recoger tus libros y tus papeles. Me había sentado en el suelo y había esparramado tu herencia: cartas, fotos, escritos. No sabía qué hacer con ellos. No sabía si leerlos o si guardarlos. Si tirarlos. Pero no. Tirarlos no podía. Leerlos, no me atrevía. Temía descubrir algo que no me perteneciera. Aunque tú me habías contado toda tu vida. Hasta cosas que yo no hubiera querido saber. Luego sentía curiosidad y quería llegar hasta el fondo: conocerlo todo: desdoblarse los papeles: leer las cartas, los escritos. Algún día lo haría.

Iba ordenando los papeles y los libros en cajas que había traído: eso era más fácil de guardar casi sin ver. Las fotos era lo que me entretenía. Y de pronto me dije: ¿y por qué no? ¿Por qué no puedo pasarme toda la tarde aquí revisando foto por foto y recordando nombres y parentescos y las historias que acompañaban a cada uno? Era mi herencia la que custodiaba. Teresa me había dejado a mí sus papeles. No a sus hijos. Ni a sus nietos. A mí.

Así que tomé mi tiempo y me puse a revisar una por una cada fotografía. La historia de Teresa estaba en las fotografías. Desde la infancia hasta la vejez. De España a México. No importaba la que yo tomara entre las manos: sabía a qué se refería y cuándo había sucedido. Durante años, Teresa me

había explicado pacientemente cada detalle retratado y yo todo lo había guardado en la memoria.

Aquí estaba Teresa a los cuatro años: disfrazada de ángel. A los cinco: disfrazada de marinero. A los seis: de holandés. A los siete en la playa de Santander, con traje de niño y contestando a quien se lo preguntaba que su nombre era Juan José. (Como el de su padre). A los catorce, en traje de montar a caballo. Después, las fotos de la Guerra Civil. Las de la salida a Francia. Las de su marido. Las de los hijos que nacieron en el exilio. Las de los nietos en México. Sus fotos de niña. De mujer joven. De madurez. De vejez. Todas. Cada una las fui repasando y acomodando en la caja que iba a llevarme.

(¿Cómo pudieron decir que tu cuerpo desprendía un perfume que invadió las habitaciones y que duró varios días?) Teresa.

Si yo fui la primera en llegar cuando moriste y no me atrevía a oler por miedo a sentir la corrupción de la carne. Y cuando oli, porque ya no podía contener la respiración, no sentí nada. Nada. Ni buen olor. Ni mal olor. (¿Cómo entonces hablar de perfume?)

Tu vida había terminado. Sin que nadie se diera cuenta. Melibea a tu lado lamiendote las manos. Melibea que no permitía que los camilleros se llevaran tu cadáver. Que hubo que encerrarla en la azotea.

Y vuelvo a ver las fotos. Los disfraces. La idea obsesiva que te acompañaba de que representabas papeles: de que actuabas la vida. De que tú no eras tú. Eras un ángel. Eras un marinero. O un holandés. Hasta en la guerra llegaste a pensar que eras un soldado. Y, sin embargo, no te movías de tu casa: en Madrid: con tu hijo el mayor recién nacido y las bombas cayendo en las casas vecinas, menos en la tuya, salvada por milagro. Tú te veías peleando en el frente: disparando: en las trincheras: defendiendo tu tierra: tu libertad. Sin moverte de tu casa. Dándole el pecho a tu hijo

El mismo pecho que causó tu muerte.

Y la corrupción de la carne.

El cáncer invasor. El cangrejo que avanza torpemente.

Inmisericorde.

Te creías otra, otro, pero eras tú. Creo que lo que te pasaba es que querías ser otra, otro. Siendo muy tú. Me es difícil explicarlo.

A mí me contabas que de niña olvidabas tu nombre y que

usabas el de tu padre: Juan José. Y que como te vestías de niño, la gente te lo creía. Me contabas que te vestías de niño porque era más cómodo para subirse a los árboles, para montar a caballo.

También me contabas, a mí que te conocí vieja y enferma, lo bella que habías sido y cómo te llamaban la maja de Goya. Y veo, en este momento, esta foto tuya, recostada en un sofá, con la misma languidez de la maja. Todo era posible en ti.

Otras veces eras implacable: la decadencia de los tiempos había hecho presa en ti; y me lo hacías notar: cada arruga: cada pliegue de la piel: cada temblor: cada vacilación. Me parece que entonces eras igual de vana. Pero vana amenazante: vana bordando en la muerte.

Desde niña tenías un gesto de saber quién eras. Pero tú me decías que no sólo olvidabas tu nombre y no reconocías a nadie a tu alrededor, sino que dejabas de tener sensibilidad en tu cuerpo y que lo único que te hacía regresar a ti era clavarte las uñas en las palmas de las manos hasta sangrar. Que sólo así te reconocías. Yo soy yo, me decías que decías. Habías olvidado a Teresa. (La otra Teresa, ya en el catafalco, con los cirios de cera escurrida y la gota que quemó su dedo y el súbito despertar de la muerte.)

No te reconocías y tu gesto era el de quien sabe muy bien quién es. ¿Qué te ocurría? ¿Cómo conocerte? Yo no llegué a hacerlo.

Parecías tan segura de ti. Habías destruido, con placer lento, las vidas de quienes te querían. Apartaste a tu marido. Desequilibraste a tus hijos. Acercabas y alejabas a tus nietos. Mientras por dentro te debatías. Buscabas y no encontrabas.

Lo mejor tuyo era cuando recordabas tu infancia. Para mí era tener vivo el pasado: conocer algo desconocido: la posibilidad de imaginar una vida tan lejana de la mía. El carnaval en las calles de Madrid. Tú, desde el coche de caballos, descubierta, viéndolo todo. Las carrozas engalanadas. Las vestimentas. Los disfraces. las serpentinas arrojadas de coche a coche. Tanta risa. Tanta palabra seductora. El Paseo de la Castellana, el Parque del Buen Retiro. Y yo conociéndolo desde aquí, desde esta calle, desde este barrio, desde esta ciudad mexicana.

Yo soy como la otra Teresa, decías. Y yo no sé por qué lo decías. Ni siquiera creías en Dios. Hay que vivir en Ávila, continuabas. La alta muralla que se ve desde la carretera. (Esa foto tuya, delante del automóvil con Ávila al fondo. Pero vivías en México, ¿te das cuenta?)

Ese ir y venir teresiano de una idea a la otra. Porque saltabas de pensamiento en pensamiento y perseguía una frase interna y se te volvía palabra cualquier cabo. Teresa y Teresa. El idioma te fluía tan fácil como una parte de tu cuerpo. No lo agregado. Sino lo esencial. Teresa y Teresa. Por eso tal vez te deleitabas en los refranes. Y los apuntaste. Que acabo de encontrar hojas y hojas y hasta un cuaderno lleno de refranes escritos con tu letra ancha, grande. Firme hasta el último momento. Tantos refranes. Qué hacer con ellos. Lanzarlos al aire y dejarlos caer poco a poco. Hasta que se acomoden en su lugar exacto. Preciso.

También me contabas de tu perra Sita. Loba. Más bien loba. Que te había regalado de cachorrilla el pastor de la casa de Guadarrama. Que había crecido contigo. Que trotaba a tu lado cuando salías a recorrer la sierra. Que te avisó del incendio en la noche, cuando dormías, y alcanzaste a esca-

par de la casa en llamas. Que otra vez volvió a salvarte cuando oyó antes que tú la serpiente que se arrastraba entre los matorrales y con su ladrido la espantó. Que cuando llorabas sus ojos entristecían y lamía tus lágrimas. Que cuando tu padre se disparó un tiro en la sien enderezó sus orejas, ladeó la cabeza, se precipitó hacia él y fue la primera en llegar.

Sita. Ahora Melibea. Tu compañera final. Tu círculo cerrado. Por lo menos tuviste el cariño de tus perras.

Abro el cuaderno de refranes. ¿Qué sentido tiene que lo abra? No voy a encontrar nada más de lo que sé. Solamente confirmaciones. ¿Para qué? Refranes. Poemas que copiabas. Frases que se te ocurrían. ¿Por qué la mano conduce a escribir y al afán de dejar por escrito? Sí: lo sé. Como tú lo sabías. Pareciéndote a Teresa. Que también dejó por escrito. Porque lo escrito queda y el cuerpo se vuelve cenizas. La muerte llama. La muerte está aquí. A mi lado.

Ojeo el cuaderno de refranes:

Los que vienen y los que van.
las aves que vuelan cerca de la mar.
Las nubes que pasan y no volverán.
La rubia cabeza del niño.
Los ojos de color de río.
El rítmico galopar del caballo por la sierra.
La canción de los contrabandistas.
La de los marineros.
La del viento en la puerta entrecerrada.

Refranes: Pero éstos no son refranes. ¿Qué serían refranes para ti? Para mí. Canciones más bien. Romances. ¿Cuáles eran los recuerdos que escogías? Anotaste:

Yo me levantara un lunes,
un lunes antes de albor;
hallé mi puerta enramada
de rosas y nuevo amor.
Ni me la enramó Beyacos,
ni hijo de labrador;
me la enramara don Carlos,
que de mí se enamoró.
Después que me la enramara,
por la mi puerta pasó;
vihuelita de oro en mano,
cantando iba esa canción:
—Rosa blanca, Rosa blanca,
Rosa blanca y nuevo amor,
¿quién te me diera esta noche
dos horas a mi temor?

Amor. ¿Qué fue el amor para ti? Porque debiste amar aunque no me lo dijiste. Pero, ¿cuál era tu amor? La palabra. El silencio. El mar no. No amabas el mar. La montaña. Tal vez la montaña. La sierra de Guadarrama. Me hablabas mucho de la sierra de Guadarrama. ¿Como saberlo ahora? Todo quedó para después, y después fue tarde.

Amor a Dios. Ese fue el de la primera Teresa. No el tuyo. Le dijiste a tus hijos y a tus nietos que no existía Dios. No querías que tu cuerpo se corrompiera, a pesar del padre Jerónimo Gracián. Y pediste ser incinerada después de muerta. No había ninguna esperanza para ti. Era natural que así fue-

ra. No te conmovías.

Y, sin embargo, yo te quería. Tal vez porque no era tu hija. Porque escuchaba tu historia y la guardaba en la memoria. Porque sabía que podría completarla el día que me dejaras tus papeles. Y esperaba. Tranquilamente.

Por eso yo fui la única que pudo estar a tu lado hasta la muerte. No me asomaba nada más, como ellos. Podía entrar y darte de beber y podía limpiarte y podía bañarte y podía arreglarte el pelo. Y leerte las noticias y cantarte, en voz muy queda, una canción.

El miedo era de ellos. Porque tú no lo sentías. Me pediste que la próxima dosis de morfina fuera la última, para acabar contigo. Y te hice caso. Porque lo que yo no soportaba era tu dolor y los gritos. Los gritos. Te escapabas en un grito. Un

grito.

Aquí están tus papeles. Escribas y no tenías esperanza. Salvo la esperanza de escribir. ¿Para qué? ¿Alguien habría de heredarte?

Se me había olvidado Melíbea. Aquí, sentada en el suelo. Con los papeles y las fotografías. Melíbea. ¿Por qué no ladra?

Fue entonces cuando lo supe. Me he levantado de un salto y he corrido a la azotea. La puerta está cerrada. La puerta. ¿Cómo abrirla? Empujo con fuerza No, no puedo. Con más fuerza. Cede poco a poco. Con más fuerza. Más fuerza. Sí. Ya hay una ranura. Podré meter la mano. Y empujo aún más. Arrastro el cuerpo. Arrastro el cuerpo con la puerta. Melíbea ha muerto. ✕

